

Discurso conmemorativo de la Dra. Lydia Sicher

Con la más profunda devoción y gratitud a nuestro maestro, Alfred Adler, y con el orgullo de haber sido considerada digna para ello, me propongo, cediendo al ruego de mis colegas, decir unas cuantas palabras de rememoración en este mismo lugar desde donde su voz nos había llegado tantas veces.

Al mismo tiempo, no obstante, me doy perfecta cuenta de la dificultad de la tarea que me ha sido asignada. Tengo que presentar en breves escorzos y en pocas palabras la viva semblanza de un hombre con tanta grandeza y liberalidad como Adler, y mostrar su poder intelectual y su genuina humanidad.

Además, la tarea consiste no sólo en todo esto, sino incluso en poner de relieve cuál era – para emplear las propias palabras de Adler - su contribución a la vida, o, por lo menos, la contribución más limitada que aportó a la ciencia de la Medicina.

Es completamente superfluo hablar de Adler como hombre. Los que lo conocían saben quién era, y tampoco ignoran lo que han perdido en él. Los que no le conocían personalmente podrán saber cómo era a través del leit motiv de su vida – su respuesta a la pregunta: ¿cuál es el sentido de la existencia del individuo? - : ayudar, infundir ánimos, llevar la felicidad a los demás.

Sabemos perfectamente que dedicó toda su vida a la realización de este ideal. No debe sorprendernos, pues, que abrazara la carrera de médico, puesto que ésta le brindaba las más amplias oportunidades para realizar el sentido de su vida, y con ella lo realizó con creces, ayudando, infundiendo ánimos y llevando la felicidad a los demás.

Adler empezó sus actividades en el campo de la Medicina, y el conocimiento médico empleado en la Psicología Individual constituía la base sobre la que erigió la estructura de su pedagogía y su profiláctica contra las enfermedades mentales. Su interés precoz le llevaba hacia la anatomía patológica y las enfermedades internas. Podemos concluir, de un trabajo sin pretensiones de aquel período sobre perturbaciones visuales en un grupo especial de trabajadores, que la “esfera de lo visual” – para usar una vez más los términos de la Psicología Individual – ejercía una notable

atracción sobre él. Aprendió a ver – a ver lo que otros dejaban de ver – la vida tras la facade: lo oculto, lo encubierto; lo invisible. Sin embargo, con sus grandes dotes musicales aprendió asimismo a oír lo que otras personas no oían: las cosas nunca dichas o mantenidas en secreto, la armonía o la discordancia entre las notas de un alma.

Este oído absoluto (como se lo podría llamar) de psicólogo hízole, sin embargo, rebasar necesariamente la medicina puramente orgánica. No podía quedar satisfecho con la mera curación de las enfermedades; para él, ello no agotaba aún la misión de la Medicina. Adler iba más allá: su anhelo era convertir al médico en educador.

Al aparecer su Estudio sobre minusvalías orgánicas en 1907, Adler aún no era más que, esencialmente, un cultivador de las ciencias naturales. Partiendo de la patología nefrítica inició sus investigaciones sobre la insuficiencia morfológica y funcional de los órganos. Al mismo tiempo iba madurando también su concepción de la compensación, la revalorización de la experiencia orgánica mediante su trasposición en lo anímico. Adler escribió: “El conjunto de los fenómenos de minusvalías orgánicas colorea la psique de tal forma que toda su estructura cobra un carácter especial. La estructura anímica así obtenida llega a ser, como resultado, el cimiento de las neurosis y psicosis.” “Neurosis y psiconeurosis - escribió en otro capítulo de la misma obra – deben ser remontadas hasta la minusvalía orgánica, al grado y naturaleza de compensación central que no fue coronada completamente por el éxito, y hasta ciertas interferencias con la compensación.”

Tan pronto como tales hechos, en cuanto a la parte que desempeña la compensación central, quedaron establecidos, acababa de darse el primer paso hacia la comprensión de las concatenaciones entre experiencias somáticas y mentales. Surgía ya la primera indicación de la opinión adoptada más tarde, la cual, finalmente, llegó a ocupar con tanta insistencia el primer plano, que constituye precisamente la principal diferencia entre la Psicología Individual y las demás psicologías. Según Adler, al emplear este concepto empezó a descubrir que la situación externa o interna, orgánica o social, no podía continuar siendo

considerada como la causa de la estructura mental, sino tan sólo como el ímpetu utilizado por el individuo con vistas a compensarse bien o mal, de acuerdo con el objetivo personal por él elegido y perseguido.

Este modo de ver, vislumbrado ya en el Estudio sobre minusvalías orgánicas, llegó a ser cada vez más claro en su doctrina sobre el dialecto de los órganos - la supercompensación del sentimiento que la persona tiene de su propia insuficiencia, sentimiento acrecentado por la inferioridad orgánica - y en su concepción del adiestramiento, o sea, el método que el individuo emplea para superar su sentimiento de inferioridad. He aquí las dos columnas sobre las que descansa la gran doctrina adleriana acerca de las neurosis.

Esta concepción finalmente adoptada, llegó a ser una y otra vez, de manera asaz extraña, el punto de ataque principal contra la Psicología Individual adlerianna. Muy particularmente se opusieron a ella los partidarios de las teorías de la herencia biológica y de las influencias ambientales. Por parte médica - debido ante todo a una mala inteligencia de la posición de la Psicología Individual- pudo también afirmarse que Adler negaba la causalidad y que, por consiguiente, sus opiniones se oponían a todas las leyes de la ciencia, tal como están universalmente reconocidas. Este error, que desgraciadamente aún prevalece en el campo de los adversarios de la Psicología Individual, desaparecerá tan sólo en cuanto se sepa más y mejor que el hombre no sólo puede y debe ser explicado como uno entre muchos otros objetos de la Naturaleza, sino que tiene también perfecto derecho a ser comprendido como sujeto.

Si el individuo es, en primer lugar, el objeto pasivo que debe ser investigado por la ciencia exacta - y por lo tanto también por la Medicina y la Psicología Experimental, que se interesan por sus reacciones somáticas, mentales y espirituales - es, al mismo tiempo, el rector activo de su destino. Su senda en la vida podrá ser comprendida, pues, si se enfoca la meta hacia la cual aquella senda conduce.

Adler, en su primera obra importante, entrevió ya con toda la debida claridad la insuficiencia de las consideraciones puramente medicales. Sus otras publicaciones de carácter médico

– Sobre el carácter nervioso (1912); El homosexualismo y otros estudios sexuales; Práctica y teoría de la Psicología Individual; Heilen und Bilden – publicados de 1912 a 1922, atestiguan el hecho de que convirtió la unidad de la persona en el punto central de su interés, al igual que sustituyó el punto de vista curativo y psicológico por la ciencia natural y la medicina. Ya no se interesaba más por los órganos del individuo, sino ante todo por la totalidad de la persona, con el conjunto de sus órganos.

Llegamos ya al punto en que las enseñanzas de Adler llegaron a cobrar importancia capital para la comprensión del paciente y la introyección sentimental o empatía en su caso. Si hasta el propio Adler, en un principio, había visto en neurótico un individuo aislado que intenta llegar a una paz con sus órganos y con su situación, paulatinamente llegó a considerar a cada persona – al neurótico inclusive – como un miembro de la comunidad, y como un in-dividuum, esto es, una unidad indivisa e indivisible, la cual (como decía) no podría ser comprendida sino, única y exclusivamente, en sus relaciones cósmicas. Por consiguiente, dejaba de considerar incluso a la neurosis como una dolencia sui generis, para desenmascararla como una desviación social, como el efecto de una cooperación imperfecta con la acción colectiva de la humanidad. Luego, el neurótico deja de ser tratado ya como una persona enferma que merece compasión, o que, a raíz de la fuerza de la fatalidad, ha llegado a ser víctima de la herencia biológica, del medio ambiente o de sus propios instintos; al contrario, es una persona que cometió un error fatal, y que no aprendió a acomodarse a sí mismo a las reglas de juego de la vida. Percepción, sentimiento, pensamiento y voluntad – todas las situaciones somáticas y mentales de una persona – están activamente dirigidas por ella misma, y son utilizadas, sin intención ni conocimiento de que así ocurre, hacia la finalidad de preservar su ideal personal, el cual le hace posible el desenvolvimiento de una actividad centrada única y exclusivamente en torno a sí misma.

Esta concepción – a saber, que el individuo (e igualmente la persona enferma) no puede ser estudiado aparte, en sí, sino tan sólo como se produce en todas sus relaciones con las condiciones externas e internas – aun hoy día sigue siendo ajena, bajo muchos

aspectos, al pensamiento médico. Los médicos aún en la actualidad se oponen en gran manera a la opinión de que en el caso de los neuróticos e incluso de los psicóticos, o sea, en una palabra, de todas las personas mentalmente mermadas, lo que debe ser comprendido no es el hecho, la dolencia, sino el portador de la misma, la persona enferma.

Ésta debe ser considerada como un desertor que se refugia en su propio y diminuto microcosmos ante los problemas que le plantea el macrocosmos. Partiendo de la persona aislada – el individuo, en el sentido habitual de esta palabra –, Adler avanza hasta la persona que procura convertir su individualidad en algo único, y que rehusa, por tanto, acordar al mundo circundante su colaboración, el trabajar en común a favor del adelanto de todos, lo que se le puede exigir con justo derecho; no realiza su experiencia con el mundo, sino exclusivamente consigo mismo. Es un individuo encerrado en un círculo mágico como Adler lo denomina. Desde el punto de vista peculiar de la Psicología Individual, la neurosis está condicionada causalmente y, por consiguiente, no es la causa de unos resultados recientes – los síntomas morbosos –, sino el camino que sigue un individuo para retirarse ante el mundo y rechazar sus valores, con vistas a vivir para sí mismo y para su propia autoapreciación.

Adler vió el problema esencial de la neurosis en el conflicto entre el sentimiento de la comunidad (así denomina la conciencia de la homogeneidad de la existencia humana inmanente en todos y cada cual) y el sentimiento autoestimativo centrado en el propio Yo del individuo. La persona entera se halla presente en el mismo punto en que el desarrollo del sentimiento de comunidad fue descuidado; esto es, en donde el individuo no cumple con el deber de su autorrealización que de aquel sentimiento se deriva, aun cuando no haga más que quejarse de síntomas aislados y trastornos particulares. Todo síntoma, igual si es aparentemente de carácter somático como si parece pertenecer a la esfera de lo psíquico, no es más que el humo que indica la existencia de un fuego.

La concepción adleriana de la libre voluntad, del libre albedrío, en el sentido de que todo ser humano, en cualquier momento de su vida, tiene opción entre laborar por el bienestar

general y el hacerlo meramente por su propio bien, y su firmísima convicción de que cada individuo es plenamente responsable de su propio obrar, así como, en la comunidad, del obrar de otras personas, echa una luz sobre la aparición de la neurosis que es harto distinta de las perspectivas anteriores. Precisamente porque reveló en cada neurótico al creador inconsciente de su propia dolencia, dejan de existir para él “casos” y “tipos”; sólo existe un estilo de vida peculiar de la persona, el cual, prescindiendo de toda similitud entre los síntomas, nunca será idéntico al estilo de vida de ninguna otra. En numerosísimas conferencias, cursillos y libros, Adler demostró, basándose en centenares de historias clínicas, cómo toda divergencia igual si se manifiesta bajo las formas variadas de neurosis, psicosis, toxicomanía, perversión o criminalidad, surge siempre a raíz de un intento del individuo de liberarse de su responsabilidad y crear, en oposición al sentido de la vida, la estructura de una falsa existencia, *ad majorem personae gloriam*.

Este concepto de la desviación social, que ya no es considerada como una fatalidad inexorable, sino como un error vital, aun hoy día aparece como inaceptable a más de un especialista de la medicina. Sin embargo, para nosotros, que “nos sentimos responsables, pues comprendemos” – para recordar una frase reciente de Adler -, tan práctica manera de ver implica un optimismo certero, pues nos muestra la posibilidad de corregir los errores cometidos; es la raya argentina que ilumina el horizonte de la doctrina de las neurosis y psicosis. En días venideros, quedará universalmente aceptada y será considerada como un cambio tan fundamental en el tratamiento de las mal llamadas enfermedades mentales como era la terapia de la malaria en la medicina orgánica para la parálisis progresiva.

Una y otra vez demostró Adler, aquí en Viena, en el continente europeo y en Norteamérica, que él sí era capaz de colaborar. En 1929, en el Mariahilfer Hospital de Viena fue instaurado el primer consultorio para el tratamiento de pacientes mentales con los métodos de la Psicología Individual. La intención era brindar a los pobres y a los sin trabajo un lugar en donde encontraran ayuda en sus sufrimientos anímicos y

adquirieran valor para demostrar su valimiento como seres humanos, pese al pesado fardo de sus condiciones externas.

Para nosotros, médicos que seguimos la inspiración de la Psicología adleriana del Individuo, y que tuvimos la gran suerte de encontrarnos entre los más íntimos colaboradores de Adler, pudiendo observar cómo trataba a los pacientes, resultó una experiencia capital al ver con humildad cómo el mero paciente quedaba transformado paulatinamente en un ser humano bajo su mano guiadora. Maníacos enfurecidos se tranquilizaron cuando él les estaba hablando, fascinados por el hecho de que acabaran de encontrar a un hombre que les comprendía y que apelaba al ser humano que latía en fuero interno. Y de bajo los síntomas y la enfermedad y el tormento anímico, emergía el ser humano que por vez primera acababa de aprender de Adler a verse a sí mismo, a reconocer sus errores y a cobrar valere para construir otra vida mejor, una vida que le permitiese realizar su verdadera valía.

Este era uno de los milagros que uno podía contemplar si tenía la suerte de trabajar con Adler. Mas precisamente en tales ocasiones era cuando Adler se mostraba también como un verdadero médico, como el amigo y la ayuda de sus pacientes. Él mismo estaba tan dispuesto a entrar en contacto con la gente y tan capacitado para hacerlo, que incluso el más refractario de sus pacientes era incapaz de eludirle. Todo cuanto hasta entonces fuera oscuro e ininteligible se desvanecía ante la personalidad de Adler, hombre capaz de abrirse paso con su afabilidad hasta el ser más profundo del paciente. Los síntomas más complicados se disolvían, y en el fondo último de la neurosis aparecía con cristalina claridad la personalidad del individuo que la había creado.

Adler nunca perdía el menor detalle, ni orgánico ni mental.

Así como había sido el primero en observar la “insuficiencia segmental” en los estigmas de la piel (eso es, los naevi), que representan unas señales de alarma indicando procesos de enfermedad en el cuerpo que todavía no han sido observados o que no han llegado aún a manifestarse, asimismo reconoció lo que podría ser llamado “insuficiencia segmental mental” como señal de peligro surgiendo de los recuerdos de la infancia, de los sueños, los movimientos, modos de hablar aparentemente

insignificantes, etc., y que indican desarreglos anímicos. A menudo tenían poquísimos sentido para el propio paciente, pero para Adler eran un signo de que la persona se estaba preparando para ir retirándose de la vida.

Enseñaba a sus pacientes a ver; a ver no sólo lo que eran de verdad, sino también lo que eran capaces de llegar a ser; les inculcaba valor para seguir el camino que les podía conducir a la realización de su valimiento congénito como seres humanos, a pesar de sus impedimentos orgánicos, y pese a las dificultades en ellos o en torno de ellos, les enseñaba a alcanzar el nivel de otras personas y, como resultado final, a llegar a ser personas humanas completas.

Anhelaba educar a seres humanos bajo el aspecto de sus relaciones con el cosmos, o mejor dicho, reeducarles con vistas a dichas relaciones. Tanto en pedagogía como en su terapéutica, nunca perdía de vista el ideal del sano colaborador.

No puedo describir aquí de manera adecuada el conocimiento, la intuición ni la habilidad con que Adler echaba mano de sus pacientes. Sin embargo, él no enseñaba única y exclusivamente a sus pacientes, sino también a nosotros, sus alumnos y colaboradores, para que, como doctores, fuéramos capaces de ver en nuestra clientela sufriente a personas humanas, como si fuesen otros yos nuestros, en demanda, y teniendo pleno derecho a tal demanda, de la colaboración de nuestro propio yo. Nos enseñaba a no juzgar y a no condenar, ni tener conmiseración con alguien porque esté enfermo, sino a respetar al ser humano que se halla siempre tras la enfermedad.

-Cuando en alguna parte de la China se pega a un niño – observó un día Adler -, entonces se nos debe culpar a nosotros, pues ello demuestra que no hemos trabajado con bastante ahínco; si en alguna parte existen personas que son antisociales y no cooperan, entonces todos somos responsables conjuntamente, pues bien sabemos cuan fácilmente surgen errores en la infancia que deforman el mundo para el niño y le privan de colocarse junto a otras personas. Sólo en el caso de que hayamos hecho todo cuanto nos sea dable para colaborar en el desarrollo de la vida, y hayamos trabajado por el bienestar de la humanidad, sólo entonces habremos cumplido con nuestro deber!